

LA EDAD DE LAS AMÉRICAS

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL MUSEO PARRISH
DE ARTES

DE SOUTHAMPTON, LONG ISLAND (E. U.)
EL 6 DE SEPTIEMBRE DE 1942

POR

NICHOLAS MURRAY BUTLER

HA llegado la Edad de las Américas. Después de un lapso de cuatrocientos cincuenta años, el centro de gravedad del mundo, así en lo intelectual como en lo político y económico, ha seguido a Cristóbal Colón al través del Atlántico. Tras la larga y maravillosa Edad Antigua de Grecia y Roma, que por más de mil años formó el carácter y dirigió los destinos del mundo occidental, vinieron y pasaron la Edad del Obscurantismo, o de la Decadencia, y la Edad Media. Siguió a ellas la Edad Moderna, que recibió del occidente de Europa su vigor y su carácter y que ya da señales claras de acercarse a su fin. La veintena de naciones independientes que esta edad trajo consigo y a las cuales ofreció la oportunidad de adoptar cada cual su gobierno y política independientes, oscilan hoy en la balanza. El problema de si continuarán existiendo como unidades políticas y económicas independientes no tendrá su solución sino en el resultado de la titánica lucha militar que actualmente afecta todas las regiones de la tierra. Mas, sea cual fuere ese resultado, es ya obvio que el estado o condición de las colonias y dependencias que las naciones de Europa tienen en otras partes del mundo cambiará por completo, y quizá algunas de ellas dejen de existir en su

forma actual. En la Confederación Británica de Naciones (*British Commonwealth of Nations*) habrá mayor descentralización que la estipulada en el Estatuto de Westminster. Es posible y aun probable que las grandes riquezas de las Indias Neerlandesas que hoy alimentan en gran parte la vida económica del mundo entero queden sometidas a una nueva forma de administración política y económica. En suma, la Edad de la Europa Moderna está terminando. Oswald Spengler habló como verdadero profeta en mucho de lo que escribió hace veinticinco años acerca del mundo occidental.¹

Nosotros los habitantes de dicho mundo occidental no hemos tenido debidamente en cuenta que cambios de esta clase ocurrieron varias veces y en enorme escala antes que principiase nuestra propia historia. Las antiguas civilizaciones del Oriente—las de China, la India, Persia y Egipto, así como las de los imperios de Java y Corea, los cuales dominaron por largo tiempo el Pacífico—hicieron estupendos progresos en su tiempo; mas hoy no sólo están olvidadas, sino que la mayor parte de nosotros ni aun sabemos que existiesen. Hállanse descritas en un libro asombroso titulado *Glimpses of World History*² (Vistazos a la historia del mundo) que acaba de publicar un distinguido hombre dirigente de la India contemporánea, educado en Inglaterra. Este libro narra e interpreta con erudición y habilidad casi increíbles los principales acontecimientos del mundo desde que la humanidad comenzó a dejar datos de su historia, de cualquier clase que fuesen.

Nosotros, aquende al Atlántico, celebraremos el 12

¹ Oswald Spengler, *The Decline of the West*; 2 tomos: Nueva York, 1934; Alfred A. Knopf, editor.

² Jawaharlal Nehru, *Glimpses of World History*: Nueva York, 1942; The John Day Company, editores; 993 páginas.

de octubre que viene el aniversario cuatrocientos cincuenta de la llegada de Cristóbal Colón a las regiones que hoy llamamos las Américas. El hecho de que al grupo de las primeras islas que él descubrió se les diese el nombre de Indias Occidentales pone de manifiesto que entonces se creía que Colón había llegado al continente de Asia, o a sus inmediaciones. Las tierras descubiertas por Colón y los exploradores que vinieron tras él han empleado cuatro siglos y medio echando las bases de su civilización actual, resolviendo los nuevos problemas políticos y económicos que de continuo surgen en el mundo moderno y preparándose para desempeñar el papel inesperado de naciones dirigentes que hoy se ven casi forzadas a aceptar. Así es como ha llegado la Edad de las Américas.

En el vasto territorio de la América se encuentran climas y suelos de toda clase y cuantos productos entran en la vida económica moderna y la sostienen. Hasta hace poco tiempo, la distancia entre Europa y América parecía enorme. Sólo cien años ha, se necesitaban entre seis y ocho semanas para venir de Liverpool a Nueva York en un buque de vela. Hoy se hace la travesía por aire en unas pocas horas. La corriente eléctrica y la adaptación práctica de los portentosos descubrimientos científicos hechos durante las dos últimas generaciones han revolucionado por completo toda la vida humana y héchola a un mismo tiempo más segura y más cómoda. Pasmados se quedarían nuestros abuelos, y aun los padres de muchos de nosotros, al contemplar el mundo de hoy en día, y quizá se preguntasen desconcertados: "¿Es posible? ¿Cómo pueden haberse hecho semejantes cosas?"

Con excepción de los Padres Peregrinos de Massachusetts y los colonos ingleses de Virginia, los emigrantes europeos que hace como tres siglos y medio empezaron a cruzar el Atlántico en una corriente con-

tinua con rumbo a la América del Norte no tenían aspiraciones ni propósitos políticos dominantes. Movíanlos o la curiosidad o el deseo del lucro o de mejorar su situación económica. Pero fué la influencia de los Padres Peregrinos y de los colonos de Virginia, así como la de Guillermo Penn y sus compañeros, que vinieron después, la que principió la tarea hercúlea de echar en estas tierras lejanas y en su mayor parte ignotas los cimientos de un orden nuevo político y social. A esta corriente de migración transatlántica se unieron pronto los emigrantes de Francia, Holanda, los países escandinavos, Portugal y España, y más tarde, en gran número, los de Alemania, Italia y el sudeste de Europa. La diversidad de costumbres e ideas que todos estos recién venidos traían de sus países respectivos, si bien no causaba animosidades ni conflictos entre ellos en suelo americano, sí retardaba y dificultaba su mutuo conocimiento y cooperación. Todo norteamericano que conozca la historia de su patria (y para todos debe ser obligación conocerla) sabe lo que pasaba a mediados del siglo dieciocho y cuáles fueron las causas políticas y económicas que originaron la declaración de la independencia promulgada en el nombre y para el bien de las trece colonias norteamericanas el 4 de julio de 1776. Sin embargo, hoy no hay entre nosotros muchas personas que, en el estudio de nuestras relaciones con Europa, se den cuenta de que aquella declaración fué un último recurso. Esta medida no se tomó sino después que, habiéndose librado ya las batallas de Lexington, Concord y Bunker Hill, los miembros del Congreso Continental que firmaron el famoso documento propusieron al rey de Inglaterra un arreglo según el cual la relación entre la madre patria y las colonias norteamericanas sería casi idéntica a la que hoy existe entre ella y el Canadá, Australia y el África del Sur. La resolución del problema que se le presen-

taba a la nueva nación independiente no podía ajustarse a las normas intelectuales y económicas del mundo de entonces, y para efectuarla se necesitaron los esfuerzos dirigentes, el discernimiento y la habilidad sobresalientes de hombres del calibre de George Washington, Benjamin Franklin, Alexander Hamilton, Thomas Jefferson, John Adams y John Marshall. Nombres más grandes que éstos no figuran en ninguna parte en la historia de los gobiernos. Y esos hombres extraordinarios salieron de aquellas colonias desperdigadas en un vasto territorio recién poblado y casi completamente inculto.

La formación de la República Norteamericana y la consolidación de sus cimientos (que esperamos sean sólidos y permanentes) son todavía los sucesos más descollantes del mundo moderno. La organización y el gobierno de los demás países, con poquísimas excepciones, han sido el resultado de un desarrollo lento de larga duración. El gobierno de los Estados Unidos se formó de una plumada bajo la dirección de estadistas y filósofos políticos de grande inteligencia y suma habilidad. El que un norteamericano diga esto no es vanagloria: no es más que expresar hechos notorios.

Entre tanto, y durante un período más largo que el de la emigración a las colonias norteamericanas, fluía una corriente migratoria de los viejos países latinos de Europa a la América Central y a la del Sur. Éstas eran también regiones remotas donde había vastas extensiones de tierras ricas que se brindaban a la colonización y el cultivo y ofrecían la oportunidad de fundar nuevas naciones independientes. La corriente, caudalosa y rápida, continuó año tras año durante mucho tiempo y dió origen a la fundación de establecimientos importantes de educación superior, los cuales atestiguaban que los colonizadores del Nuevo Mundo no habían dejado atrás su vida intelectual.

Ya en 1538 existía en Santo Domingo uno de estos establecimientos, y la Universidad de México data de 1553. La de San Marcos, en Lima, capital del Perú, quizá la más antigua escuela superior americana de alta categoría, se fundó en 1551, o sea, casi un siglo antes de la Universidad de Harvard, que fué la primera escuela de esta clase fundada en América al norte del río Grande.

Las enormes cordilleras que separan unos de otros tantos países latinoamericanos imposibilitó casi por completo la cooperación e interdependencia que existían en las colonias inglesas de la América del Norte. En consecuencia, mientras estas colonias, al independizarse, formaban una sola nación, las españolas formaban un grupo de naciones separadas e independientes políticamente, aunque interdependientes en muchos respectos.

Al norte de los Estados Unidos se halla el Dominio del Canadá, gran país en verdad, que, a pesar de su historia comparativamente larga, apenas principia su carrera de nación poderosa y útil a las demás. Ex-tiéndese del océano Atlántico al Pacífico, y cubre una superficie de 3.694.000 millas cuadradas, que es mayor que las de los Estados Unidos (3.022.000 millas cuadradas), el Brasil (3.275.000), Australia (2.974.000) y la India (1.808.000), y no mucho menor, relativamente, que la de China (4.480.000). La población canadiense, proveniente primero casi exclusivamente de Francia y más tarde de la Gran Bretaña, se ha distinguido siempre por el espíritu progresista y emprendedor que la llevó desde el Atlántico hasta el Pacífico. Los problemas a que el Dominio del Canadá tiene que hacer frente difieren poco de los que se han presentado y aún se presentan a nuestra república. Uno de los sucesos más notables de la historia del Canadá es el convenio entre ese país y los Estados Unidos en virtud del cual

no hay ni una sola fortificación en la frontera que los separa, la cual se extiende indefensa de océano a océano. Durante un siglo y cuarto ha servido al mundo entero de ejemplo de la clase de linderos internacionales que todos los países deberían esforzarse en establecer. La larga existencia de esta línea divisoria sin protección armada es sin duda uno de los más grandes triunfos de la América.

De todas las circunstancias y elementos mencionados ha surgido la América de nuestros días. Durante el tiempo de más de dos siglos en que las naciones del Nuevo Mundo han estado formándose y desarrollándose, a las naciones de la Europa occidental se les ha presentado una serie de problemas nuevos y diferentes de los nuestros. Esas naciones empezaron a alarmarse con su situación y su porvenir poco más o menos cuando Cristóbal Colón hacía su primer viaje de descubrimiento. Entre ellas surgían antagonismos y desavenencias.³ Dentro de sus propios límites sentían el efecto de nuevas ideas sociales, económicas, políticas y religiosas que sacudían los cimientos del sistema feudal que aún quedaban y ponían en tela de juicio la dominación ejercida por las clases elevadas y las casas reinantes.

El descubrimiento de América mitigó mucho, si bien transitoriamente, la presión inquietante de aquellas ideas, pues los hombres, llenos de esperanzas, volvían los ojos a las tierras prometedoras de aquende el mar. Al fin, sin embargo, pasaron la novedad del Nuevo Mundo y el entusiasmo consiguiente y volvieron la agitación y el desasosiego, que dejaron su sello en la historia de Europa durante los siglos diecisiete y dieciocho. Primero la revolución inglesa y luego la francesa

³ Samuel Eliot Morison, *Admiral of the Ocean Sea: a Life of Christopher Columbus*: Boston, 1942; Little Brown and Company, editores; pag. 3.

causaron cambios estupendos y de suma trascendencia en la vida y en la organización política de los países de Europa. Los descubrimientos científicos y las necesidades económicas impulsaron a los más ambiciosos y emprendedores de ellos a establecer colonias en todas las partes del mundo conocido. En particular, la Gran Bretaña, Francia y Holanda fundaron vastos imperios coloniales de grande importancia, que dieron a sus respectivas metrópolis influencia y ventajas económicas con que nunca habían soñado.

Tales cambios, a su vez, originaron nuevas complicaciones y rivalidades internacionales. Cuando, a mediados del siglo dieciocho, el pueblo de Prusia empezó a sentir su importancia y a ambicionar el poder, empezó asimismo a preguntarse por qué no podía hacer lo que ya habían hecho la Gran Bretaña, Francia y Portugal. Los límites de Prusia no estaban muy bien definidos por ríos ni montañas. ¿Por qué no podía extenderse el país apoderándose de territorios vecinos, que aumentarían sus recursos económicos? Tal pregunta se repitió de continuo desde los tiempos de Federico el Grande hasta los de Bismarck. Este estadista constructivo y verdaderamente filosófico creyó que podía resolver el problema de manera de dar al pueblo alemán, si no la supremacía económica, por lo menos gran poder económico y político.

Durante el siglo diecinueve, las relaciones internacionales dieron a menudo indicios de mejora; mas éstas no eran más que indicaciones superficiales engañosas; pues bajo la superficie obraban fuerzas poderosas, más y más intensas, que tendían al conflicto y la desunión. Los descubrimientos científicos contribuyeron mucho a la inestabilidad, produciendo uno tras otro cambios de gran momento en la manera de vivir y en las necesidades económicas del hombre, los cuales fueron tan revo-

lucionarios como pudieran haberlo sido los ideales teóricos más poderosos y eficaces.

La oportunidad que tuvo Europa de establecer las relaciones internacionales sin las cuales no puede haber paz ni prosperidad mundiales permanentes, terminó al fin de la llamada Edad Victoriana, o de la reina Victoria, con el cual pasó a la historia el siglo diecinueve. La famosa caricatura, obra de sir John Tenniel, publicada en *Punch* en marzo de 1890 encierra una profecía notable de los sucesos del cercano porvenir. Lleva por título: *Se despide al Piloto*, y representa al príncipe Bismarck bajando de la nave del Estado, mientras que lo reemplaza en su puesto el joven káiser, que, de pie en la cubierta, observa la partida de su viejo guía. El vaticinio de esta caricatura era aplicable no sólo a Alemania, sino también a la civilización de toda la Europa occidental. Extraña coincidencia es que el fin de la Edad Victoriana, el del siglo diecinueve y la deposición de Bismarck ocurriesen en un mismo momento de la historia moderna. Fué entonces cuando empezó a verse claramente que iba terminando el papel de la Europa occidental como guía de la civilización.

Cuando esta situación se puso de manifiesto, varios norteamericanos notables de grande influencia en la opinión pública reconocieron y expresaron el hecho de que los Estados Unidos tenían no sólo la oportunidad sino también el deber de tomar prontamente parte activa en la dirección de los asuntos del mundo. A los hombres perspicaces de todo el país les pareció obvio que, a no efectuarse una reorganización mundial política y económica eficaz, los gobiernos de las naciones europeas, y con ellos el de los Estados Unidos, se verían arrastrados a una situación intolerable de que muy probablemente resultaría una guerra muy general y desastrosa. Y eso fué lo que sucedió. Las causas

fundamentales de esa guerra, que en realidad ha existido desde hace cerca de cuarenta años, son principalmente económicas y provienen del deseo nacional de mayor dominación económica aun en regiones remotas de la superficie de la tierra.

No faltaron personas sin penetración que creyesen y afirmasen que por lo menos el gobierno de los Estados Unidos estaba tan distante del centro de la lucha, que no tendría que tomar parte en ella, y que sostuvièsen además que la guerra no afectaría al pueblo norteamericano. Inconcebible parece que tales conceptos fueran emitidos por gente inteligente versada en la historia del mundo; y sin embargo, sí lo fueron, no sólo en los Estados Unidos, sino también en otros países.

Década tras década, año tras año, y a veces casi día tras día, la corriente eléctrica ha allanado las viejas vallas de la distancia, puesto a los pueblos en fácil e íntima comunicación mutua, y al mismo tiempo aumentado su interdependencia. Cuando el presidente McKinley hizo su famosa declaración: "La época del exclusivismo ha terminado," enunció una profunda verdad aplicable no solamente al pueblo de los Estados Unidos, sino también a los de Australia, la India, China y el Japón, no menos que a la América Latina.

La ambición de someter el mundo entero, o gran parte de él, a un solo gobierno no es nueva. No hace sino un poco más de un siglo y cuarto que Napoleón Bonaparte soñó con hacerlo. En el pináculo de su carrera militar creyó que estaba a punto de realizar su grande ambición. Al fin, sin embargo, fué vencido en Waterloo, y su poder se desvaneció. Él mismo declaró que, aunque había fracasado en su empeño de formar una organización de todas las naciones de Europa, ello se haría al fin. "Tarde o temprano," decía, "esta unión de las naciones europeas se verificará por la fuerza de los acontecimientos. Ya se ha

dado el primer impulso; y, después del fracaso de mi sistema, me parece que el único medio de establecer el equilibrio en Europa es la formación de una liga de las naciones.”⁴

Napoleón Bonaparte tenía en esto muchísima razón. Es en las Américas donde se halla el ejemplo más convincente de lo que debe hacerse a fin de formar una organización de las naciones del mundo. Es en las Américas donde se han dado los pasos más importantes, mediante el desarrollo y la aplicación del sistema federal, para reducir grupos separados y hasta cierto punto independientes a unidades políticas eficazmente cooperativas. Es en las Américas donde el mundo de mañana debe buscar ejemplo y guía, si quiere ser un mundo próspero y pacífico. El sistema de la federación es viejo y bien conocido. Sin embargo, ninguna demostración de su poder y eficacia ha igualado ni siquiera aproximadamente la que se dió hace ya más de siglo y medio con la adopción de la Constitución de los Estados Unidos de América, inclusa su declaración de derechos fundamentales. Aquellos a quienes toque la oportunidad y honra de tomar parte en la organización del mundo del porvenir para la prosperidad y la paz deben leer sin demora *The Federalist* (El Federalista).⁵ En los ensayos de Alexander Hamilton, James Madison y John Hay contenidos en esa obra clásica pueden obtenerse conocimientos exactos y de grande alcance concernientes a las fuerzas primarias que dieron al sistema federal su adaptabilidad y su poder. También se hallan allí los argumentos que posibilitaron la unión de trece (hoy cuarenta y ocho) unidades políticas separadas en una sola nación fir-

⁴ Jawaharlal Nehru, *op. cit.*, pág. 392.

⁵ *The Federalist: A Commentary on the Constitution of the United States*, obra publicada bajo la dirección de Henry Cabot Lodge: Nueva York, 1888; G. P. Putnam's Sons, editores; 586 páginas.

memente organizada bajo el sistema federal de gobierno. Es verdad que los problemas de organización mundial son en muchos respectos de carácter muy diferente de aquellos que hubo que resolver cuando se organizaron los Estados Unidos de América; sin embargo, desde el punto de vista psicológico y ético, no existe diferencia alguna; en este respecto, el problema es uno mismo.

Durante muchos años, en varios países europeos y americanos, he llamado la atención sobre el hecho de que lo que el mundo de nuestros días más necesita son los servicios de otro Alexander Hamilton. La inteligencia excepcionalmente poderosa de este hombre eximio, su capacidad constructiva y persuasiva como espíritu dirigente, y su sagacidad práctica como consejero y administrador han hecho de él la figura más descollante que se registra en la historia del arte de gobernar. No sólo vió claramente los principios fundamentales que en su tiempo era preciso observar, sino que poseía la más completa capacidad administrativa para aplicar esos principios a la resolución de los problemas prácticos de entonces.⁶ Sin un hombre del calibre de Alexander Hamilton no hubiera podido redactarse en 1787 la Constitución federal de los Estados Unidos ni adoptarse en 1789.

Quizá el Alexander Hamilton de mañana no sea un alto funcionario público de ningún país. Tal vez sea

⁶ "Alexander Hamilton," en *Why Should We Change Our Form of Government?* Nueva York, 1912; Charles Scribner's Sons, editores; págs. 115-136.

"Alexander Hamilton: National Builder," en *Is America Worth Saving?* Nueva York, 1920; Charles Scribner's Sons, editores; págs. 283-313.

"The World Needs Another Alexander Hamilton," en *The Family of Nations*: Nueva York, 1938; Charles Scribner's Sons, editores; págs. 57-77.

The Works of Alexander Hamilton, edición federal en doce tomos: Nueva York, 1904; editorial G. P. Putnam.

algún hombre eminente que, sin tener el prestigio ni la autoridad de un puesto público, tenga sí el poder de guiar y estimular la opinión pública. Aun Disraeli decía: "Los hombres más poderosos no son los funcionarios públicos. El funcionario público es responsable, y el hombre responsable es un esclavo. La vida privada es la que gobierna al mundo." ⁷

Cuanto más se estudia la historia de la formación de la república norteamericana, tanto más claramente se ve que puede describirse como un experimento de laboratorio relativo a la comprensión y resolución de los problemas del porvenir. Fué la cuestión económica que surgió de la circunstancia de que tres estados separados e independientes tuviesen acceso a la bahía de Chesapeake y estuviesen interesados en el comercio de ella lo que movió a Hamilton a proponer que se celebrara en Filadelfia una convención de todos los trece estados en mayo de 1787, de la cual se nombró presidente a George Washington. Al principio, los esfuerzos de la convención distaban mucho de prometer buenos resultados. Allí, una vez más, fué Hamilton quien, en un discurso elocuente y persuasivo que duró varias horas, infundió nueva vida y ardor a los delegados y posibilitó los resultados que se obtuvieron en septiembre del mismo año. Como bien lo enseña la historia de la Sociedad de las Naciones, las circunstancias que hoy se presentan a quienes se esfuerzan en la organización de un mundo federal son en su esencia las mismas que se presentaban a los delegados de la convención de Filadelfia de 1787.

Más tarde, cuando se reunió la convención del estado de Nueva York a deliberar sobre la adopción de la Constitución federal, una gran mayoría de los delegados se opusieron a que el debatido instrumento se adop-

⁷ Benjamin Disraeli, *Endymion*: Londres, 1881; Longmans, Green and Company, editores; pág. 156.

tase. Y fué Alexander Hamilton quien, en una larga discusión que duró más de dos semanas, indujo a esos delegados a cambiar de opinión, con el resultado de que la Constitución se ratificó por una mayoría de tres votos. Ésta es precisamente la situación a que una nación tras otra tendrá que hacer frente cuando se someta a la consideración de todos los países un plan para la organización federal cooperativa del mundo entero.

Tales son las razones fundamentales por las cuales el estudio concienzudo y detallado de la Constitución de los Estados Unidos, su preparación, su ratificación, su aplicación y sus enmiendas subsiguientes será de suma utilidad a los que, terminada la guerra actual, tengan que ocuparse en la resolución de los urgentes, arduos y peligrosos problemas que inevitablemente surgirán. Ningún estadista norteamericano de tiempos pasados habría podido prever esta aplicación del procedimiento por el cual se formó una sola nación a la organización federal del mundo; pero hoy la aplicabilidad del procedimiento es patente a cuantos quieran leer, estudiar y comprender.

Sorprende en verdad la manera como se repiten las relaciones políticas y los sistemas fundamentales de organización. El senado de los Estados se creó a fin de que los estados relativamente pequeños y de pocos habitantes, como Rhode Island y Delaware, no quedaran sujetos del todo a las mayorías de los estados grandes y populosos, como Massachusetts, Nueva York, Pensilvania y Virginia. El mismo problema se presenta cuando se trata de formar una organización federal de las naciones del mundo. Los países pequeños, como Suiza y Holanda, Dinamarca y Finlandia, Austria y Polonia, Yugoslavia y Hungría, Checoeslovaquia y Grecia, tienen el mismo derecho a que su independencia y autonomía se protejan como la India y

la China, Alemania y Francia, Italia y España, la Gran Bretaña y los Estados Unidos.

Parece que la cuestión dominante es todavía ésta: ¿Guíanse los hombres por las lecciones de la experiencia? Si no, deben resignarse a marchar durante varios siglos más por el largo y escabroso camino a que los condena su falta de comprensión, clarividencia y preparación. Por desgracia, la antigua máxima latina de que *experientia docet* no siempre es verdadera. Si la experiencia hubiera aleccionado de veras a los hombres, el noventa por ciento de las calamidades del mundo podrían haberse evitado. Es precisamente porque los hombres ni aprenden ni quieren aprender lo que la experiencia les enseña, por lo que de continuo, generación tras generación, tienen que hacer frente a unos mismos problemas difíciles y de gran momento que surgen y resurgen y están aún por resolver.

Bien puede suceder que con el ascenso de las Américas—la del Norte, la Central y la del Sur—a su nueva posición de poder e influencia, lo que se ha hecho aquende el Atlántico durante los últimos cuatro siglos y medio sirva de guía a los espíritus dirigentes de la organización del mundo de mañana. Si así fuere, ellos llevarán muy lejos la civilización en el camino de los más elevados ideales de la vida y la conducta humanas. El primero y cardinal objeto de los esfuerzos de las Américas debe ser por ahora terminar con la victoria de ellas mismas y sus aliados la terrible guerra que hoy azota al mundo. Ninguna garantía habrá de que los países de aquende el mar puedan vivir con seguridad ni conservar y fortalecer sus propias instituciones libres mientras no se venza a los protervos enemigos que tan despiadada y bárbaramente los han atacado. Obtenida la victoria (cueste lo que costare en vidas y riqueza), entonces, y sólo entonces, tendrán las Américas una nueva oportunidad de ejercer acción

dirigente constructiva. Es perfectamente obvio que el mundo que venga tras la victoria será un mundo verdaderamente nuevo. Ni los sistemas sociales ni los económicos que por tanto tiempo han existido, sobre todo en Inglaterra y Francia, podrán continuar sin cambio alguno. El mundo nuevo, con la cara vuelta al porvenir, deberá adoptar una política de liberalismo constructivo. Ésa será la mejor y quizá la única protección posible de los pueblos libres de mañana contra la invasión y dominación del socialismo y el comunismo.

¡Ésta es en verdad la Edad de las Américas!

Pueden obtenerse más ejemplares
de este folleto escribiendo a la
Dotación de Carnegie para la Paz Internacional
División de Intercambio y Educación
405 West 117th Street, New York, N. Y.